

Catherine Clément

CLAUDE LÉVI-STRAUSS

Preludio

¿Qué es lo que yo sé sobre Claude Lévi-Strauss? En 1962, cuando lo conocí, a los cincuenta y tres años ya era el más grande antropólogo de su tiempo, fundador de la teoría estructuralista francesa con Georges Dumézil y Émile Benveniste. Yo tenía veintidós años; gracias a uno de sus libros, *El pensamiento salvaje*, había ganado las oposiciones de filosofía. Estábamos, ¿cómo decirlo?, en plena juventud. Hoy, colmado de honores, miembro de la Academia Francesa, mi viejo amigo es respetado en forma unánime como un “tesoro nacional viviente”, según la bella denominación japonesa; y si la edad encorvó levemente su alta estatura, la acuidad de su espíritu no cambió. En 1970 publiqué la primera obra francesa consagrada a Claude Lévi-Strauss; treinta años más tarde, me resulta imposible escribir otra sin primero dar cuenta de tantos años de afecto compartido. Lo que equivale a decir que no seré imparcial.

¿Qué es lo que yo sé sobre Claude Lévi-Strauss? Filósofo de formación, llegó a ser etnólogo en Brasil, donde lo habían llevado un rechazo por el oficio de profesor de filosofía —demasiado repetitivo— pero también una emocionada curiosidad por la manera como vivían sus semejantes. ¿Cómo llegaba uno a ser etnólogo en los años treinta? En esa época no había estudios tan estructurados como hoy; el aprendiz debía asegurar su “terreno” por sus propias fuerzas. Lévi-Strauss organizó varias expediciones difíciles en el Mato Grosso y en la Amazonia, estudió a los indios caduveo, bororo, nambikuará y tupí-kauahib, y volvió a Francia cargado con una tesis que la Segunda Guerra Mundial paró en seco: la amenaza nazi lo obligó a exiliarse, y la tesis vio la luz del día en los Estados Unidos de América, antes de sostenerla en París en 1949. *Las estructuras elementales del parentesco* produjeron el efecto de una revolución; cincuenta y tres años más tarde se las sigue discutiendo. Fundadas en la intuición de que determinadas estructuras inconscientes rigen hasta el menor detalle el funcionamiento de las sociedades, el pensamiento de Lévi-Strauss se desplegó luego en toda su amplitud explorando la magia, la religión, las formas artísticas, las formas clasificatorias y, por último, los mitos, que son su soporte para la expresión de la emoción colectiva. Pocos pensadores abarcaron un campo tan amplio con explicaciones argumentadas de una manera tan elegante: “Si hay leyes en alguna parte, debe haberlas en todas”, ésta es la frase de Tylor que ubicó como epígrafe de *Las estructuras elementales del parentesco*. Este “inventario de los recintos mentales”, tal como es definido en las *Mitológicas*, es de una prodigiosa riqueza. Más allá de las ciencias humanas, leer a Claude Lévi-Strauss permite comprender infinidad de cosas para quien quiere tomarse el trabajo de observar el mundo. Cada uno de sus libros es un manual de pensamiento que fuerza a la inteligencia a abrirse y una suerte de evangelio laico que ayuda a conmovirse ante la vida.

¿Qué es lo que yo sé sobre Claude Lévi-Strauss? Este conservador declarado no dejó de manifestar una precencia ampliamente superior a la de sus contemporáneos. ¿Quieren comprender el presente? Lean *Tristes trópicos*, allí está todo. En 1949, esto es lo que escribía acerca del Islam:

Que el Occidente se remonte a las fuentes de su desgarramiento: al interponerse entre el budismo y el cristianismo, el Islam nos islamizó, cuando el Occidente permitió que las cruzadas lo llevaran a oponerse a él y por lo tanto a asemejarsele, antes que prestarse –si no hubiera existido– a esa lenta ósmosis con el budismo que nos hubiera cristianizado más y en un sentido tanto más cristiano en la medida en que nos hubiéramos remontado incluso más acá del cristianismo. Fue entonces cuando el Occidente perdió su posibilidad de seguir siendo mujer (1955: 473).*

¡El Occidente como mujer! Pero, ¡qué extraña idea! ¿De dónde salía? De intuiciones surgidas en un humilde templo budista sobre la frontera birmana, lugar donde la androginia de los oficiantes se expresaba sin vueltas; de una visión precaria, pero atinada, del Pakistán recién nacido, teocracia musulmana fundada en la pureza, el etnólogo había extraído los elementos necesarios para presentir, con más de cincuenta años de anticipación, el horror que los fundamentalistas musulmanes tienen de las mujeres, el futuro rigorista del actual Pakistán, la persecución de los budistas y la escisión forzada entre el Occidente y el Islam, problema de nuestra actualidad. ¿De dónde le vino ese talento de profeta? No sé. Pero al comenzar este libro en el momento en que los talibanes, hace no tanto tiempo, aterrorizaban a las mujeres y las ejecutaban en público en el estadio de Kabul, esta frase, aparentemente insensata, sobre el Occidente que no pudo seguir siendo mujer, finalmente encuentra todo su sentido.

¿Qué es lo que yo sé sobre Claude Lévi-Strauss? Nunca el difícil diálogo entre los dos sexos fue tan apasionante como con este gran hombre. Jamás olvidó pensar la dimensión mujer del universo, que convirtió en la materia prima de sus trabajos. Sin embargo, nada de compromisos: Lévi-Strauss desaprobó la entrada de las mujeres en su Academia, porque no se cambian las reglas de una institución secular. Conservador, les digo.

A decir verdad, lo que yo sé sobre él no dejó de cambiar. En 1970 creía tenerlo sólidamente agarrado, como se atraviesa el abdomen de una mariposa muerta con un alfiler para desplegar el esplendor de las alas: a mi manera de ver, Lévi-Strauss era un filósofo disfrazado de etnólogo, un constructor de sistemas inconscientes que destronaba al sujeto pensante en provecho de poderosos determinismos. ¡Tonterías! Yo había confundido los puntales necesarios para la construcción de la casa con la propia casa, me escribieron. Después de la reprimenda y con pruebas fundadas, decidí ser más prudente. Lo que yo sé es que en caso de avería del pensamiento, cuando se me aparece una pregunta insoluble, releo a Lévi-Strauss y encuentro.

No, no es un filósofo. Si la filosofía pudo servirle de andamiaje, su pensamiento nació del enfrentamiento con lo real. Sobre el terreno, el oficio de etnólogo pasa por una realidad que no carece de relaciones con las de la guerra: condiciones de vida difíciles y cambiantes, cierta peligrosidad sanitaria, una alimentación precaria, una proximidad animal, desacostumbrada para los occidentales, y, enfrente, unos semejantes cuyo pensamiento se apoya en otros valores, fastidiosos, pero tan fuertes como uno... Algo que pone en constante alerta, al punto de que, luego, uno ya no es lo que era.

* Los textos de Claude Lévi-Strauss se citan por su edición francesa como: (año de edición: página). [N. del T.]

¹Claude Lévi-Strauss, entrevista con *La Nouvelle Critique*, palabras recogidas por Catherine Clément y Antoine Casanova, febrero de 1973

1. El devenir del etnólogo

Al parecer, no llega uno a ser etnólogo sin profundas perturbaciones.

El recuerdo más tenaz que me dejaron tales experiencias es ante todo el de un agotamiento físico y mental constante. Pero los etnólogos tienen para esto dos respuestas diferentes: algunos se ponen a trabajar día y noche con fuerzas centuplicadas, y acumulan notas, observaciones y documentos; otros, por el contrario, se encierran en sí mismos y en cierto modo se dejan flotar; se entregan a un trabajo inconsciente que de todos modos se produce, para instalar en ellos observaciones, hacer surgir reflexiones, pero que a veces se manifestarán a su conciencia años después de su estadía en el terreno. Creo que nunca hay que decidir de antemano lo que uno busca y cómo lo hace.¹

De regreso a su tierra, el etnólogo tiene dificultades para vivir entre los suyos. Se siente como Lázaro, extraviado entre el mundo de los muertos y el de los vivos. ¿Cuál de los mundos es el vivo, el que uno acaba de dejar o el que vuelve a encontrar? En general, los dos. Un poco de carne mental permanece aferrada a la casa de palmas, a la choza enramada, y sin embargo fue en verdad bajo esta choza acogedora donde padeció la nostalgia. Un abismo separa las condiciones de vida de un grupo de amerindios del Brasil de las de un intelectual educado en Europa en una familia burguesa: sin agua, sin electricidad, acostado en el suelo, devorado por los mosquitos, acosado por las hormigas, picado por las abejas, el europeo soporta, pero no se acostumbra. Una vez que salió de apuros le resulta difícil admitir la comodidad extrema de su país. ¿Por qué tanta injusticia entre pobres y ricos?

El joven Lévi-Strauss se dirigió a Brasil en barco, partiendo desde Marsella. Como la travesía transatlántica seguía poco más o menos el surco de Cristóbal Colón, los buques cruzaban la región de brumas sobre la línea ecuatorial. Allí el océano permanece inerte; ambos mundos, el Viejo y el Nuevo, sólo están separados por ese “taciturno elemento” donde los vientos dejan de soplar. Pasaje místico, inercia peligrosa. El descubrimiento del Nuevo Mundo, las matanzas que luego se produjeron, las perturbaciones económicas, teológicas, geopolíticas, sus consecuencias sobre la esclavitud de los negros, bajo el nombre de tráfico triangular, es uno de los más temibles acontecimientos de la Historia. “La humanidad jamás había conocido una prueba tan desgarradora, y nunca más conocerá otra semejante, a menos que un día, a millones de kilómetros del nuestro, se revele otro globo, habitado por seres pensantes” (1955: 81).

De ambos lados del Atlántico, los hombres torturaron a “criaturas” sospechosas de ser animales o divinas. Para verificar la eventual divinidad de los europeos, los indios los ahogaron, montando guardia alrededor de sus cadáveres para ver si se pudrían; en cuanto a los europeos, redactaron el catálogo de los comportamientos inhumanos que, en todo indio, les permitirán ver a un animal. Así, en 1525 y ante el Consejo de Indias, Ortiz declaraba: “Comen carne humana, no tienen justicia, van todos desnudos, comen pulgas, arañas y gusanos crudos... No tienen barba y, si de casualidad les crece, se apuran por depilarla” (1955: 82). La conclusión se impone: estarán mejor como “hombres esclavos” que como “animales libres”.

El etnólogo no puede ignorar el remordimiento de pertenecer al mundo que se hizo culpable de diezmar a otro. Sólo se posee una idea imprecisa de la demografía de América Latina en la época de los Conquistadores; pe-

ro un ejemplo permite medir su escala. En la isla antiguamente llamada La Española, hoy compartida entre Haití y Santo Domingo, los indígenas eran alrededor de 100 mil en 1492; ¡un siglo más tarde no eran más que 200! En cambio, pese a sus interminables guerras intestinas, Occidente no dejó de crecer y enriquecerse. Cualquiera que sea su país de origen, el etnólogo de hoy no podrá descargarse del simple hecho de que pertenece a un país suficientemente rico para permitirle ejercer ese oficio lujoso: estudiar, durante toda su vida, las otras culturas. Allá se muere de hambre; aquí se paga para adelgazar. Y en todo el mundo, el amontonamiento por millones en el espacio ciudadano produce cada día más desperdicios. De donde proviene esa famosa denuncia, una de las frases más conocidas de *Tristes trópicos*: “Lo primero que nos muestran los viajes es nuestra basura lanzada a la cara de la humanidad” (1955: 38).

Uno no se pasa toda la vida enojado. De esta indignación que nunca lo abandonó Lévi-Strauss hizo el fermento de su obra. El status de Lázaro entre vivos y muertos termina por esfumarse. Con el tiempo, a través de la obra del inconsciente, el etnólogo es presa del pensamiento. Tras haber intentado las notas y los documentos, Lévi-Strauss se sumó a la segunda categoría de etnólogos, los que comienzan por dejarse flotar. Así se bosqueja su primera figura: Lévi-Strauss, etnólogo francés, se define como un analista de sociedades.

Pero no de todas las sociedades; no sobre todo lo “social”, ni mucho menos lo “societal”, palabra bárbara inventada a fines del siglo xx. Porque las sociedades a las que se aproxima Lévi-Strauss son pequeños grupos sin escritura ni archivos, totalmente desguarnecidos, socavados por el progreso moderno. Es raro que un etnólogo esté enamorado del progreso. La occidentalización de las Américas expuso a los indígenas del Norte y del Sur al contacto con los blancos, portadores de enfermedades contra las cuales los autóctonos no estaban inmunizados. Un simple resfrío puede devastar una tribu; y si se construyen casas durables en vez de chozas hechas de palmas, la tribu tampoco sobrevivirá. Lo que equivale a decir que el etnólogo constantemente es víctima de un dilema imposible: al estudiar, ocurre que puede poner en peligro a aquellos que quiere preservar. No, al etnólogo no le gusta el progreso, fuente de mutilaciones graves de las sociedades primarias.

No hay más nada que hacer: la civilización ya no es esa flor frágil que se preservaba, que se desarrollaba con gran trabajo en algunos rincones resguardados de una tierra rica de especies rústicas, sin duda amenazadoras por su vivacidad, pero que también permitían variar y revigorizar la siembra. La humanidad se instala en el monocultivo; se dispone a producir la civilización en masa, como la remolacha (1955: 39).

Esponáneamente, el etnólogo se vuelve ecologista, conservador de los frágiles equilibrios entre naturaleza y cultura, que vio vivir bajo sus propios ojos.

Aquí, este tema habrá de repetirse: el único verdadero pensador ecologista en Francia se llama Claude Lévi-Strauss. Esta forma de pensamiento no descansa en el optimismo, no. Por gusto, o superstición, Lévi-Strauss jamás omite terminar sus libros con una proclama desencantada: no somos más que una pequeña arruga en el agua universal, un simple estremecimiento en la historia de la evolución. Esta sólida muralla permite pensar con comodidad, avanzando allí donde otros andan con dilaciones. Esto ocurre tanto con el pensamiento de Lévi-Strauss como con el de un budista sin vestimenta púrpura ni escudilla para las limosnas, ligado a algunos enunciados primigenios: nada es, todo es sufrimiento, sólo vale el justo medio, donde es bueno vivir, pero con precaución.